

REGRESO DE RUSIA

Relato de una Religiosa Sometida a
Trabajos Forzados

Con el título "La hermana Celina nos llega de Rusia", publica "The Tablet", de Londres, un relato cuyo autor, Molle McGee, dice le fué hecho hace más de un año, pero que ha mantenido hasta ahora en reserva para seguridad de los interesados. Agrega que éste no es sino un ejemplo de los sufrimientos a que están sometidas centenares de religiosas de países tras el "telón de acero".

Nuestro encuentro fué bajo esa lluvia de fuego que sofoca a Italia durante el verano y en un tren formado por coches antiguos y decrépitos que saltaban sobre los carriles como intentando sacudir el sudor. Una nube de chicos se atropellaba y corría a lo largo de los pasillos, asomándose a las ventanas, como intentando captar algo de fresco. Eran más de un centenar de refugiados que en este concho atravesaban Italia, Austria y Alemania para ir a parar a Bremerhaven, donde embarcarían hacia un nuevo hogar y una nueva vida.

Sentada sobre el duro banco de un departamento de tercera, la hermana Celina acunaba a dos niñas en su hancha falda y, un tanto soñolienta y con la cabeza baja, repasaba las cuentas de su rosario, que mantenía en alto para no rozar con él la cara de las dos pequeñas, que continuaban su sueño sin ocuparse de la charla que seguíamos en voz baja.

La hermana tenía la tez redonda, ancha, encarnada, propia de las campesinas polacas; me contó sus aventuras con la misma tranquilidad con que me ha-

blaría de cualquier acontecimiento de su convento, sin mostrar ninguna expresión de horror, como si el relato no se refiriera a sucesos propios.

Origen de sor Celina

Había nacido hace cuarenta y cinco años en Filadelfia y su nombre era Victoria Bednarska, la hija menor entre siete de un emigrante polaco. Su padre llegó a los Estados Unidos con su familia, encontró trabajo en una fábrica de rodamientos e hizo tan buena labor que consiguió alguna posición y contrajo matrimonio con una joven llegada de su misma nación.

Victoria asistía al colegio de las Hermanas del Corazón Inmaculado, en la parroquia de San Juan Bautista, y a los diecinueve años decidió entrar religiosa en la Orden de las Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret, que, en el año 1925, la enviaron a Roma a seguir su noviciado, y hechos sus votos se la encargó de la clase de inglés en uno de los conventos que la Orden tenía en Polonia.

Comienzan los sufrimientos

Durante la guerra, la hermanas se trasladaron a diversas casas, pero a medida que la situación empeoraba y llegaban rumores de la suerte que corrían los prisioneros en Rusia, prepararon trajes seculares y paquetes de alimentos para lo que pudiera ocurrir. La hermana Celina permaneció en Vilno, adonde concurrieron otras religiosas de lugares

más distantes. El 14 de julio de 1941 llegaban los soldados rusos, que les hicieron saber debían prepararse para marchar en el espacio de tres horas. A la hora señalada estaban dispuestas en traje de seglar y con los pequeños envoltorios de su mínimo equipaje. Los soldados condujeron a todas, 29 religiosas y siete hermanas, a la estación del ferrocarril, y se les amontonó en furgones donde había literas de madera en forma de repisa. En el coche donde viajaba había unas 80 mujeres, incluidas las monjas; pronto se cerraron las puertas, que quedaron fijadas desde fuera, y el convoy empezó su marcha. Dos veces al día se les entraba algo de alimento, que consistía en pequeñas porciones de pan negro y duro con arenques. La sed era espantosa y el calor sofocante; en escasas ocasiones se les permitía abandonar el vagón para satisfacer cualquier necesidad.

Deportadas a Ucrania

El tren continuaba su marcha, que a veces interrumpía por horas y aun jornadas enteras. Por fin se abrieron las puertas, y todas, en su mayoría enfermas e imposibilitadas casi para mantenerse en pie, hubieron de emprender la marcha a lo largo de un camino. Se hallaban en Starobiesk, en Ucrania; se las alojó en barracones para obreros de trabajos forzados, entre los restos de un antiguo convento, y allí estaban almacenadas en locales sin ventanas. En la noche sin sueño, y plagado el lecho de insectos, les llegaban los cantos y las risotadas de sus guardianes, que en la que fué capilla del edificio tenían su cuarto de retén. Gente depravada, como supieran que entre las prisioneras había algunas monjas, gozaban de entrar en su alojamiento a la madrugada, para llevarlas en grupo a las letrinas o propinarles una ducha improvisada que servía a los guardianes como motivo de regocijo. Cuanto les pertenecía, salvo las ropas, pasaron a manos de éstos. Después de dos semanas, todas las mujeres fueron de nuevo llevadas a otros furgones con destino a algún lugar tras los Urales, en Siberia, y probablemente muy adentro de sus inmensas selvas. Veinte días duró el viaje, y sólo se les permitió abandonar el vagón en una ocasión. El calor era irresistible, y la sed, abrasadora. Cuenta sor Celina que muchas, perdido el conocimiento y casi la razón, golpeaban la cabeza contra las pa-

redes gritando que les dieran agua, hasta que algún guardian, al fin, les introducía un líquido rojizo, espeso y amargo, que ni sabían lo que era.

En un campo de concentración

A la llegada a Sverdlovsk, y aunque muchas estaban aún en pleno delirio, se las obligó a caminar con sus hatos a cuestas por una senda hasta recorrer veinticinco millas. La hermana Celina dice que recuerda poco de este viaje, en el que muchas caían en las cunetas, aunque en esta ocasión la guardia era más sensible que la anterior; las demás continuaban su marcha casi sin saber cómo. El campo de concentración al que llegaron por fin consistía en el clásico conjunto de barracones de madera dentro de un recinto de alambre espinoso y con garitas elevadas en sus esquinas; al exterior se mantenían, durante la noche, algunas hogueras para evitar fugas. Todas las mujeres fueron llevadas al mismo barracón, donde habían de dormir en grupos sobre unas plataformas elevadas. No había nada más que un concepto de cama, y sus propias ropas estaban tan deterioradas que en parte eran sólo jirones. La alimentación consistía en sopa clara dos veces al día y unos 400 gramos de pan negro para la jornada. Por la mañana, antes de amanecer, hombres y mujeres por igual marchaban entre guardias para derribar árboles y construir caminos.

Trabajos "ligeros"

Así pasaron cuatro meses, y en cada día se notaba la falta por muerte de algunos, hasta que fueron tantas las bajas que los guardas recibieron orden de encomendar a las mujeres alguna tarea más "ligera". Como el invierno había llegado y el frío era intensísimo y mucha nieve, esa labor más ligera consistía en reunir el ramaje de los árboles, una vez cortado, para hacer hogueras. Era muy difícil conseguir que ésta leña verde y húmeda llegara a arder; el humo cegaba y el ramaje hacía destrozos en las manos. Era muy corriente el caso de helarse algún miembro con sufrimientos vivísimos.

Aumentaron las enfermedades, porque al objeto de mantener sus fuerzas, los prisioneros bebían agua muy salada, lo que les produjo ciertas enfermedades del intestino, hinchazón del estómago y úlceras de las que hasta llegaba a des-

prenderse la carne; no había que hablar de medicinas, y, sin embargo, las mujeres se mantuvieron mejor que los obreros, muchos de los cuales realmente pertenecían a las clases intelectuales de Lituania y Estonia y, en general, eran de edad madura.

A la constante burla de los guardas hacia las religiosas se unían las frecuentes reprimendas o descaros diciéndoles: "Vosotras os tenéis por monjas, pero eso no vale en un mundo donde todos saben que no existe Dios". Había una guardiana que se esmeraba en hacerlas sufrir y, entre otras cosas, las mantenía en larga espera sin pasar a las letrinas o haciéndolas correr sobre la nieve hasta llegar al lugar del trabajo, aunque muchas apenas si podían andar, y les gritaba: "Aquí no estáis en la vida perezhosa de vuestro convento".

Vida conventual

A pesar de todo, las hermanas resolvieron mantener algo de vida conventual, y todos los días, se levantaban para unos minutos de oración conjunta. El día de Difuntos, durante el descanso al mediodía, en torno a la hoguera, cantaron el "Dies irae" y los otros himnos del oficio del día de la fiesta. La guardiana se mantuvo escuchándolas, y poco después conmovida y con lágrimas en los ojos, comentó: "Vosotras sí que tenéis suerte de tener un Dios y algo que os mantenga la fe. ¡Cuán afortunadas sois!" Sin embargo, al día siguiente su exigencias y mal humor habían aumentado.

La "amnistía"

Al cabo de siete meses trabajando en este campo de concentración, las religiosas recibieron noticias sorprendentes: acababa de establecerse entre Stalin y el general Sikorsky una amnistía para los prisioneros polacos. Se les dijo serían puestas en libertad y que indicarían a qué ciudad querían ser conducidas, y ellas eligieron la de Nijni-Tagil, por ser un nudo ferroviario. Allí fueron llevadas en el clásico furgón una mañana del mes de enero de 1942, cuando el frío era máximo. Al llegar a su destino el vehículo fué llevado a vía muerta y nadie más se interesó por ellas. Carecían de comida, dinero y orientación, pero las oraciones mantenían su esperanza. Al tercer día, un comisario del ferrocarril las acogió con bastante sim-

patía, conduciéndolas a una gran cocina común, suministrándolas una sopa y pan, y las encaminó después al local de la Policía secreta. Allí hubieron de inscribirse en las relaciones de trabajadores como tales, en cuyo momento llegó cierto contratista de obra reclamando brazos para su labor, quedándose con el grupo entero de religiosas, y al día siguiente fueron llevadas al lugar del trabajo. Ahora las condiciones eran mejores. Vivían en barracones blanqueados y hasta tenían colchonetas para dormir. Querían, por lo visto —agregaba sor Celina—, cuidar de la mano de obra de que disponían, aunque nada se les pagaba por su trabajo, porque, al parecer, sólo podían acreditarlo los que alcanzaran un debido rendimiento, pero que se había fijado tan alto que era de muy difícil logro, y la única recompensa era entregarles bonos de pan.

Trabajos en dos turnos

Las religiosas trabajaban en dos turnos: uno de día y otro de noche, y se las proveyó de ropas adecuadas al intenso frío: "Nunca me imaginé —agregó sor Celina— que habría de ver a mis hermanas en trajes de grueso algodón con pantalón, chaqueta y gorra y haciendo excavaciones; ofrecían un aspecto curioso, pero ese traje era indispensable y, desde luego, merecía nuestra gratitud".

Al salir para el tajo de noche, a veces era difícil encontrarlo por estar cubierto de nieve, y precisamente el día de Navidad extraviaron su camino, y al cabo de varias millas, castigadas por la ventisca, hubieron de descansar en lo que creían la carretera. Para animarse, cantaban canciones navideñas; pero al verse en peligro de quedar heladas, hubieron de agruparse unas contra otras e implorar la ayuda de Dios, hasta que pronto encontraron la orientación que podía llevarlas a lugar seguro; de lo contrario hubieran perecido de frío.

La mentalidad del pueblo ruso

Este trabajo duró año y medio y tuvieron alguna ocasión de establecer contacto con campesinos rusos, pero observaron que los niños les huían y los mayores trataban de no mezclarse con ellas. "Se les enseña —continúa la religiosa— que las monjas son mujeres de vida inmoral, que conviven con los sacerdotes y engañan al pueblo hablán-

doles de un Dios que no existe". Observó que la actitud y modo de pensar de los rusos reveló el engaño en que viven. "Están convencidos que cuanto tienen es lo mejor que hay en el mundo y que han conseguido crear una civilización superior a todas. Al principio de nuestra llegada a Rusia, las guardianas de los campos de concentración estaban admiradas, sin recatarse de ello, a la vista de nuestro calzado y del tejido de nuestras ropas; pensaban que vestíamos así a efectos de propaganda, sin creernos cuando se les decía que todo ello era fácil de conseguir en otros países. En Nijni-Tagil, cuando nos encontrábamos carentes de todo, tampoco creían que cuanto se les relataba de nuestra anterior vida pudiera ser verdad. Cierta mujer quiso enseñarnos su cocina nueva, como si fuese algo prodigioso, aunque era realmente de los más ordinario, y hasta nos explicó el objeto del horno, según ella, para guardar allí las prendas de vestir, que con el fuerte calor quedaban libres de insectos. Al responderle que en nuestro país no la usábamos así, contestó riéndose que, aunque presumíamos de cultas, teníamos mucho que aprender todavía".

Hacia el sur de Rusia

Durante este tiempo, el general Anders, reuniendo un ejército polaco, intentó tomar contacto con los grupos de prisioneros de su nación que aún quedaban en Rusia. Se les advirtió a las religiosas que debían inscribirse como ciudadanas polacas, y el día de la Asunción del año 1943, un soldado de aquellas fuerzas llegó al barracón para decirles que en el plazo de una semana debían dirigirse a la parte sur de Rusia, donde encontrarían las tropas del general. "Creíamos enloquecer —cuenta sor Celina— cuando el soldado, después de afirmarnos esto, se ocupó de cuánto era necesario e hizo reservar departamentos en un tren que nos llevó al cuartel general polaco en Tashkent". Pero precisamente acababa de marcharse el último convoy y no quedaba otro remedio sino esperar.

En Teherán

Resolvieron que lo mejor sería realizar algún trabajo y aceptaron alguno en granjas colectivas hasta que llegase el día de su liberación. El Obispo polaco que dirigía el Cuerpo de Capellanes

del ejército de Anders las tomó bajo su custodia, y así recibieron alimento y dinero. Siete meses más tarde se las reunió para llevarlas a Teherán, en el Irán, donde ya se les tenía preparada una labor propia de su vida religiosa, al encargárseles de los huérfanos polacos que habían conseguido evadirse, con mil peripecias, de campos de concentración. Eran millares de nacionales de Polonia los que llegaban a Irán desde Rusia, la mayor parte tan débiles, que no podían sobrevivir. El coronel americano que se ocupaba de recibirlos dice que jamás olvidará cómo muchos, al llegar a aquella tierra, besaban el suelo en señal de alegría, para caer muertos por inanición. En Teherán hay ya un cementerio con más de mil tumbas polacas.

Reanudación de la vida religiosa

Las monjas quedaron instaladas en una casa, comenzando su nueva vida religiosa. Al cargo tenían unos cien huérfanos, mantenidos por la Cruz Roja americana e inglesa, hasta el punto que muchos niños se mejoraron, pero no era escaso el número para quienes el socorro llegó demasiado tarde; a esto se juntaban varias epidemias, incluso el tifus, propagadas en los viajes que habían hecho amontonados en los furgones. El colegio iba aumentando a la llegada de nuevos huérfanos.

Los refugiados polacos podían permanecer un año en tránsito dentro del Irán, y al final de este plazo las autoridades militares británicas les embarcaban para Monbasa. Las hermanas y los huérfanos hubieron de evacuar, con otros refugiados polacos, a Morogoro, en Tanganica, donde el comandante inglés de aquel lugar fué, según cuenta la hermana Celina, un hombre humano y cariñoso, con cuya ayuda pudieron organizar un colegio; pero el clima no era propicio y la malaria hizo su aparición, hasta el punto que las autoridades, cooperando con las fuerzas polacas, lo trasladaron a Krongai, en Kenia. Allí, durante tres años y medio, las hermanas se esmeraron en la formación de estos niños, que a medida que crecían iban recibiendo una instrucción que los capacitase para la vida. Las niñas aprendían costura y labores domésticas, y los muchachos se entrenaban en la carpintería y la mecánica, y para algunos se encontró colocación por aquellas cercanías.

Camino de Italia

En 1948, las Naciones Unidas se ocuparon de hacer grandes traslados de refugiados a lugares de mejor acomodo y las autoridades advirtieron a los que residían en Africa que, formando familia, podían trasladarse a Palestina, Argentina, Brasil, e incluso a la propia Polonia. Las hermanas recibieron noticia de su madre general de marchar bien a esta nación o a Inglaterra. Sin embargo, la hermana Celina, con otras, habían de quedarse con un centenar de huérfanos en el orfanato polaco de Tangeru hasta que en el mes de mayo recibieron órdenes de salir para Italia, dejando a los pequeños a cargo de una dama polaca que se ocuparía en lo sucesivo del colegio. Al año, los pequeños también fueron trasladados de allí a una colonia infantil en Salerno para poco después salir para Canadá. Poco antes de este último viaje, el Gobierno comunista de Polonia empezó a tomar especial interés por ellos. Dos pequeños fueron raptados para llevarlos

a la Embajada polaca de Roma a fin de interrogarles, y así el viaje a través de Europa no estaba exento de serios peligros hasta el punto que el Vaticano envió a un emisario propio para acompañar el tren y permaneció con ellos hasta que llegaron a Bremerhaven. Allí la hermana Celina hubo de dejarles camino a un lugar seguro y tranquilo como es el Canadá. Ella regresó a Roma a su convento, esperando que algún día Dios le permitiría volver a los Estados Unidos y tal vez ir a abrazar de nuevo a aquellos niños que había cuidado durante tantos años.

Cuando el tren llegó a la estación de Roma quise aprovechar para sacarle algunas instantáneas con los niños. Sor Celina seguía impasible, serena, y parecía mentira cómo los grandes sufrimientos pasados habían dejado apenas huella en su semblante. Ella continuaba igual que siempre; pero en su figura estaba retratada un alma de quien la tierra de sus antepasados y la de su nacimiento podían estar orgullosos.

